



SOBRE LOS IMPONDERABLES

(Para LA NACION)

SALAMANCA, marzo de 1916.

Ya me extrañaba que entre tanto recuerdo histórico y literario como la polémica de la guerra—que es otra guerra: la guerra de la polémica—escasamente suscitando no se le hubiese ocurrido a nadie comparar a los alemanes con aquellos marcianos o martenses, habitantes del planeta Marte, de que Wells en la más intensa acaso de sus fantásticas y proféticas novelas nos cuenta cómo intentaron conquistar la Tierra, cayendo aquí en grandes balsas de cañón disparadas desde su planeta después de un largo estudio y preparación. Al lector que no conozca la novela «La guerra de los mundos» («The war of the worlds») le aconsejo que la lea ahora. Creo que anda traducida al español, aunque no respondo de la bondad de la traducción, que no conozco. Es uno de los libros más de actualidad y más proféticos. Así, como suena, profético.

No voy a contar ahora aquí su argumento a aquellos que no lo conocen. No voy a exponerles cómo los marcianos, una especie de animales sobrehumanos por lo que hace a la ciencia, a la técnica, a la organización y demás categorías externas, ya que no adversas, a la moral humana, caen sobre la Tierra y emprenden la conquista de los hombres, de cuya sangre viven. Allí se describe las formidables máquinas que construyen en poco tiempo con el aluminio que extraen de la tierra y los terribles medios científicos de destrucción con que cuentan. ¡Hasta gases asfixiantes! Y es hoy de leer cómo los pobres hombres, aterrados ante aquellos animales sobrehumanos, o, si se quiere, ante aquellos animales científicos e implacables, se refugian en cavernas y en alcantarillas. Y la fiera fe en el destino humano que allí expone uno de los perseguidos. Aquel marciano a modo de pulpo, todo cerebro y nada más que cerebro, un cerebro servido por máquinas a modo de órganos, que fantaseó Wells es acaso una de las más felices traducciones de la bestia rubia de Nietzsche.

Ya me extrañaba, digo, no ver citada la fantasía de Wells, y más ahora en que Wells vuelve a estar de moda, cuando he aquí que en el número del día 12 de este mes del diario de Marsella «Le Soleil du Midi», y en un artículo, el oncenno de una serie titulada «El sueño alemán» («Le rêve allemand»), bajo el título de «Los imponderables», recuerda Camilo Mauclair a los marcianos del novelista inglés. Dice Mauclair: «En una de sus prestigiosas novelas el inglés Wells ha imaginado una invasión de marcianos sobre la Tierra. Lo destruyen todo, pero mueren, aunque todopoderosos, y acaba la humanidad por verse des- embarazada de ellos. Mueren porque los microbios de la atmósfera terrestre les intoxican. ¡Lo habían previsto todo, excepto esto! Y es con lo que se acreditan de monstruos estúpidos, porque era la primera dificultad que prever. Pero su excusa es que ignoraban la química orgánica y la micro- biología».

¡Qué emocionante, qué profunda- mente artístico es en la novela de Wells cuando nos cuenta cómo los hombres aterrados y refugiados en alcantarillas, como las ratas, oyen un día los gemidos de los marcianos y se enteran de que están muriendo, en medio de su triunfo, por consunción,

atacados por los microbios terrestres que han absorbido en su organismo cerebral juntamente con la sangre humana de que se alimentaban! No hay que señalar, creo, que el hombre está hecho a los microbios y que sin algunos de éstos ni podría vivir. Hasta los más dañinos, los de la tuberculo- sis, acaban por adaptarse al organis- mo humano, o, más bien, éste a ellos, y así se da el caso de tisis de forma tórpida y lenta, que duran años y años. Como que el verdadero progre- so de la terapéutica consiste más que en eliminar los microbios patógenos en adaptarlos al organismo humano disminuyendo su malignidad, en macer- ar en nuestra sangre sus toxinas.

El hombre civilizado lleva en su organismo, en su sangre, los gérmenes de enfermedades que son mortales para un salvaje. Un antropoide—oran- gután, chimpancé, gorila etc.—no re- siste cantidades de alcohol que un hombre ingiere durante mucho tiem- po impunemente. Y yo voy más lejos, y creo, y así lo he sostenido más de una vez—últimamente en mi obra «El sentimiento trágico de la vida», tra- ducida al italiano y que muy pronto aparecerá en francés—que la enferme- dad es uno de los principales facto- res del progreso humano; que un hombre perfectamente sano sería un perfecto imbécil; que una sangre fi- siológicamente pura sería tan desastro- sa como es impotable el agua quími- camente pura; que un cierto grado de toxicidad en la sangre, como en el artrítismo, incita a las células cere- brales.

Y esto lo he de aplicar algún día al orden social. Pues una cierta toxici- dad social, un cierto fermento social de descontento y hasta de indisciplina y rebeldía es el verdadero factor del hondo progreso social, que es el pro- greso de la personalidad humana. Y cualquier régimen de organización que tienda a depurar esos gérmenes de re- beldía y a disciplinar a todos en un proceso perfectamente calculado y re- gulado tiende por lo mismo a matar lo único que en la vida importa y es la exaltación de la libre personalidad in- dividual. Pero volvamos a los marcia- nos:

Dice Mauclair, que no Wells, que la excusa de los marcianos por no haber previsto que morirían víctimas de los microbios es que ignoraban la quími- ca orgánica y la microbiología. Yo no lo creo. Me figuro más bien que los marcianos, animales muy sabios y muy científicos, eran eminentísimos en química orgánica, y hasta en micro- biología, pero en microbiología marcia- na. Porque me parece que en Marte debe de haber microbios también, pe- ro los microbios de Marte y no los de la Tierra, los microbios de los marcia- nos y no los de los hombres. Y desde Marte, por muy poderosos que sean sus medios de investigación y llego a creer hasta que tengan sus habitan- tes formidables telescopio microscó- picos—es decir, telescopios y micros- copio en una pieza—debe de ser muy difícil estudiar los microbios de los hombres de la Tierra.

Y dejando ya a los fabulosos mar- cianos pasa Mauclair a hacer una cierta parcial aplicación a los alemanes de lo que Wells dijo de aquéllos. Y escribe: «Los alemanes lo han previs- to todo, salvo los invisibles. Bismarck les había advertido sin embargo; ha- bía recomendado que se tuviese en cuenta lo que él llamaba «los impon- derables». Aquel gran asociador de fuerzas sabía que detrás de las fuer- zas sometidas a la organización y a la mecánica hay fuerzas que no se ve, fuerzas abstractas capaces de en-

trar en juego y de quebrar. Estas fuer- zas son las que nos han salvado». Yo creo, con permiso de Mauclair y de otros que creen como él, que a los alemanes no se les han escapado los que Bismarck llamaba los impondera- bles sino que teniendo en cuenta que la ciencia es contar, medir y pesar, han pretendido pesar lo imponderable, por procedimientos acaso complicadí- simos de cálculo diferencial e integral. ¿Es que no se pesa ya los que en un

tiempo se llamaba en física fluidos imponderables? ¿Es que no se cuenta mide y pesa la electricidad? ¿Es que no hay una mecánica molecular? ¿Es que no se ha pretendido computar cuantitativamente la energía mental y medir el esfuerzo de ideación? Pues de la misma manera se ha pretendido someter a cálculo el heroísmo y el sa- crificio. Se ha querido estudiar por es- tadística la energía moral de un pue- blo. Y eso es lo mera y exclusivamen- te científico, es decir, lo que no es más que ciencia. Y el conocimiento es algo más, mucho más que ciencia. Como que no entran en ésta, aquellas razones del corazón de que habla Pascal.

Prosigue Mauclair y escribe: «El ensueño alemán se habría cumplido infaliblemente si el carácter germáni- co no hubiese guardado una tara irrem-EDIABLE: la incapacidad absoluta de penetrar la psicología de otro». Y aquí de nuevo tengo que hacer un reparo y una distinción. Se refiere al concepto de la psicología. Porque ésta, en efec- to, puede ser una ciencia, es decir: una disciplina de contar, medir y pe- sar, y puede ser un arte y hasta una bella arte. Hay la psicología de un Fechner, de un Wundt, de un Ebbin- haus—eso que llaman psicología fisió- lógica y que se estudia en laborato- rios y con aparatos—y hay la de un Shakespeare, la de un Balzac, la de un Dostoyevski, esta que se nos revela en obras de arte imperecederas. Y es cosa curiosa que mientras la docta Alemania nos ofrece los más sabios psicofisiólogos, los que más metódica y cuidadosamente han estudiado la ciencia psicológica, es el país que peo- res novelistas tiene. Pocas cosas con-ozco, en efecto, más pobres de intuición artística psicológica que la no- vela alemana.

Acaso se pueda estudiar científica- mente, por métodos estrictamente ob- jetivos—creo que los llaman así—la psicología de un pueblo. El procedi- miento tiene que ser riguroso. Se coge un individuo de él y se le somete en un laboratorio a toda clase de antropo- metismos y de experiencias psico- fisiológicas. Se le mide la acuidad de los sentidos, la fuerza de atención, el tiempo de reacción a los excitantes ex- ternos, la forma de imaginar, vendán- dolo los ojos se ve si es levógiro o dextrógiro, se le hace discriminar colo- res y sonidos y hasta olores, se estudia su escritura y hasta su estilo—ahora anda una quisquosa que llaman estilo- metría—y se le somete, en fin, a toda clase de experiencias psicológicas, co- mo si fuese una rana o un conejillo psíquicos. Después se hace lo mismo con otro individuo, y luego con otro y con los más que se pueda, y después se saca, mediante procedimientos es- tadísticos, el término medio o los tér- minos medios, y ya estamos en cami- no de conocer la psicología del fran- cés, del inglés, del español, del italia- no, del alemán, etc., etc. El procedi- miento me parece que no puede ser más seguro; lento, pero seguro. Y di- cen que resulta para con las ranas y los conejillos, pues de una rana a otra apenas va diferencia—de Juan a Pe- dro no va un dedo—y cada rana re- presenta muy bien lo que podríamos





llamar la rana de término medio, la rana estadística—«the average frog» que diría un inglés, o «der Durchschnitts frosch» en alemán. Pero da la pícarra casualidad que hay pueblos en que los hombres odian el término medio, la media proporcional estadística, es decir el individuo disciplinado y ordenado a la espontaneidad y a la genialidad a la espontaneidad y a la genialidad hasta la anarquía. Y ya aquí esa psicología científica marra.

¿Saben ustedes lo que en alemán quiere decir «Durchschnittsmensch»? Pues quiere decir hombre de término medio. Es decir que si cogen ustedes todas las almas de un pueblo y las echan a una caldeza hirviente y las remojan bien hasta que se forma una masa homogénea, y luego sacan un pedazo y forjan de él un alma, les resultará un alma de término medio. ¿Qué saldrá? Yo no quiero ni pensarlo. Acaso salga un héroe nato, como según Treitschke es el alemán «ein gerobernes Held». Pero será también un héroe de término medio, un Durchschnittsheld. Y esto me trae el recuerdo de una frase ingeniosa de Turró, nuestro eminente bacteriólogo y filósofo, que a un discípulo que le preguntaba si unos cuantos microbios que veía al microscopio eran de tal o cual especie le contestó: «Los microbios son como los chinos; todos se parecen». Pero ¿es que sólo a los microbios y a los chinos les ocurre esto?

Quedamos, pues, en que esa psicología científica, metódica, objetiva, estadística, organizada y disciplinada, puede servir para pueblos compuestos de individuos de término medio, al modo de ranas o microbios o chinos, de súbditos netos, para un pueblo de hormigas o de abejas o de térmitas, pero la tal psicología marra en estos turbulentos y absurdos pueblos, como son los llamados latinos, en que el individuo tiene la loca pretensión de tener personalidad y le gusta rebelarse y hacer su santísima voluntad y ser él y no otro ni como otro. En estas inquietas y revueltas democracias, donde los hombres no lo sacrifican todo a la unidad y a la uniformidad, esa psicología marra. A quién se le iba a ocurrir, por ejemplo, que esa Francia, convulsionada por luchas

sionero en Dixmude en el tiempo del político y religioso, la Francia del «affaires» Dreyfus, del asesinato Jaurés, del proceso Caillaux, de las batallas parlamentarias por la ley de los tres años, del antimilitarismo de Hervé, a quién se le iba a ocurrir que esa misma Francia daría el sublime ejemplo de unión ante el enemigo común, de sacrificio y de heroísmo que está dando? Pues a cualquiera que no les aplicase a los franceses la psicología científica de término medio y supiese que para un francés su propia personalidad de francés está por encima de todo lo demás. Y ahora prosigamos citando a Mauclair.

El cual dice luego: «El orgullo neutraliza en ella la adivinación de los pensamientos del adversario. Alemania piensa que en todos los casos la parte adversa tomará el partido que ella tomaría a estar en su caso, por ser ese partido el mejor, ya que la lógica alemana es la mejor. Niega todo libre albedrío al prójimo. Su automatismo le pone antojeras. Si sus filósofos han escudriñado profundamente el alma ha sido con el fin de conformar toda el alma humana al alma alemana. Tiene un método maravilloso y limitado, como los insectos. La previsión de la independencia de otro le es imposible; no puede haber buenos jugadores de ajedrez más que

en Alemania».

Y esto que Mauclair dice irónicamente puede ser que sea verdad, que los mejores jugadores de ajedrez sean alemanes. Porque para jugar al ajedrez maldito si hace falta psicología. Otra cosa sería para jugar al más o al tresillo. Aquí el conocimiento psicológico de aquéllos con quienes se juega entra por mucho, no basta conocer las cartas. No basta conocer el juego, hay que conocer al jugador. Mientras que en el ajedrez... No sé mucho de estrategia, pero propendo a creer que Napoleón era un psicólogo y Moltke un jugador de ajedrez. Y un jugador de ajedrez que se encontró con los soldados del corrompido imperio de Napoleón el Cochico. Mientras que ahora sus discípulos se encuentran no con soldados, sino con hombres en armas, con franceses de Francia.

Sigu ediciendo Mauclair: «Alemania estaba demasiado fuerte, demasiado segura para admitir que cuando se ha pensado en todo pueda quedar algún elemento olvidado. Lo que ha perdido hasta aquí no es tanto lo que nosotros hemos hecho cuanto lo que ella había omitido; no es lo que ha sucedido, sino lo que a pesar de su certidumbre, no ha sucedido. Su horrible empresa prueba, como su filosofía, que es incapaz de detenerse en la lógica en el instante en que la lógica llega a lo absurdo y a lo no viable por haber pasado de las condiciones de la vida ordinaria. Cuando el «profesor» alemán está sobre la pista de un «concepto», de un «Begriff», es su esclavo y no su amo, le sigue como un perro de caza.

«El instinto le detendrá al perro al borde del precipicio, pero si no hay defecto en los eslabones del razonamiento, el «profesor» se arrojará al agujero por amor de la lógica. Esto hará comprender la serie inaudita de los vicios del razonamiento de Alemania. Francia «debía» estar degenerada; Bélgica «debía» tener miedo; Inglaterra «debía» abstenerse; la India y Argelia «debían» sublevarse; Italia «debía» callarse, etc. Los eslabones del «Begriff» eran buenos, ciertamente; cada uno de ellos estaba comprobado por una doctrina y provisto de su aplicación práctica. Lógicamente ninguno de estos datos tenía «derecho» a presentarse de otro modo. Y, sin embargo, se han manifestado los imponderables, y a cada una de las malas partidas que estos insolentes fantasistas han jugado a la Germania organizadora, ésta no ha podido oponer más que improvisaciones de fortuna. En la derrota meditará amargamente sobre los motivos del desvenajamiento de su prodigiosa máquina, dudará acaso, aterrada, de la excelencia de la lógica en sí como del poder de «Gott» mismo. Pero no entrará jamás en su mentalidad que sus adversarios se hayan valido de «otra» lógica más conforme a la vida, de «otra» realidad que abarca elementos abstractos: sentimientos, honor nacional, preferencia de los intereses del alma sobre los intereses inmediatos, etc.; porque tiene todas estas cosas como andróminas de pueblos envejecidos y se negará siempre a creer que la asociación de esas andróminas cree una fuerza más fuerte que la Fuerza. Si hubiera podido concebir esto, no habría constituido una excepción en la humanidad, no habría imaginado un sueño desmentido por toda la historia y dado al mundo del siglo XX el espectáculo de un pueblo que cree posible resucitar, no ya los imperios de Augusto, de Carlomagno, de Napoleón, sino los imperios de Na-

bucendoser o de Jerjes. Sin la atrocidad de los hecos habría sido una bufonada inconcebible.»

Un poco larga ha sido la cita. Pero ahora va otra, y no de Camilo Mauclair. Esta es de un artículo titulado «La ofensiva en Verdun», publicado en el semanario londinense «The Saturday Review» del 18 de este mes

de marzo. En él se dice esto que traduzco: «Un oficial alemán cogido prisionero hacia Calais, cuando supo que débil había sido mantenida la línea enfrente de él, exclamó, asomándole las lágrimas: «¡Si lo hubiéramos sabido...!» Aquí descubrimos el tendón de Aquiles de este sistema prusiano. No se aprovecha de los azares de que el genio se aprovecharía, ni tiene ninguna de las intuiciones que tiene el genio. Napoleón, es de creer que lo habría sabido, o, por lo menos, habría obrado como si lo supiese. Pero no hay Napoleón en el campo prusiano. Napoleón no habría permitido a los ingleses, después de Le Château, cumplir el milagro de su escapatoria. Los ingleses escaparon debido, claramente, a la maciza inercia de la máquina germanica que seguía sus roderas marcadas sin aprovecharse de los azares. La dirección germanica es segura. Comete muy pocas equivocaciones de las que una escrupulosa competencia puede evitar. Es digna de detenido estudio y de continuo respeto. Pero no ha mostrado aún ninguna de las cualidades que asociamos en el verdadero genio militar.»

Se ha dicho que el método de llevar ahora la guerra los alemanes es un método napoleónico, pero sin Napoleón. Y en otro orden de cosas se repite que en la Alemania militarizada, industrializada, mercantilizada, organizada, disciplinada y despersonalizada de hoy, en esta Alemania de epígonos y de sucesores, de comentaristas y de aplicadores, la genialidad falta. Y si su estrategia es una estrategia napoleónica sin Napoleón, su filosofía es, en gran parte, un neokantismo sin Kant. Sin Kant ni nadie que le llegue siquiera a las rodillas.

Durante cuarenta años ha estado un pueblo entero ahogando la personalidad humana para prepararse, como tal pueblo, como colectividad, como masa, como hormiguero, a una acometida que le procurase el dominio del mundo y les permitiese vivir luego a cada uno de ellos del botín de la conquista. Lo que parecía lucha interior, fecunda guerra civil, fermento de descontento, levadura de revolución intestina nacional—y sin esta levadura ningún pueblo es de veras libre—lo que parecía garantizar los eternos derechos de la personalidad humana, esto es: el socialismo, la democracia social—«die Sozialdemokratie»—ha resultado la suprema fórmula del pangermanismo formicario o abejuno. Como que tendía a convertir al estado en una vasta compañía de seguros inutuos. Todo elemento espiritual desaparecía de él. Y hoy se ve cuán radicalmente distinto era el socialismo germánico del socialismo latino, del británico y del moscovita, y cómo cuando ellos, los alemanes, los rígidos marxistas ortodoxos, los de esa enorme pedantería del socialismo sedicente científico, los que con desdén de catedráticos hablaban del socialismo utópico, acusaban de anarquistas a latinos, eslavos e ingleses, no les faltaba alguna razón en ello. En la disidencia entre Bakunne y Marx se mostró ya lo que va de una tendencia a otra y de un espíritu a otro. Y hoy, a los que nos dejamos en un tiempo engañar por las pedantescas fórmulas pseudo-científicas de Marx, nos place





volver a la expresión ardiente de un señorador como Bakunine. Porque hay cosas que no se someten a estadística.

Más adelante de su artículo escribe Maclair: «La mentalidad alemana puede ser vencida; ¿pero podrá ser convencida?» Cabe preguntarse si la derrota material y moral de la «trasmutación de valores», al imponerse a la colectividad germánica, no tendrá por consecuencia una furiosa petición de cuentas a los «intelectuales» que la lanzaron a la empresa y fueron así los autores de su ruina. Acaso sean considerados como los responsables de una inmensa y siniestra mistificación nacional, consistente en emponzoñar de megalomanía y de inmoralismo a un vasto imperio. Por legítimo horror que hayan llegado a inspirar a la humanidad los alemanes, forman parte de esta humanidad y como tales han de recelar ellos mismos la existencia de «imponderables», cuya fuerza se podrá manifestar a pesar de los estupefacientes de la disciplina servil. Estos imponderables, si la Alemania reciente los ha olvidado, la Alemania de Bach, de Goethe, de Kant, de Beethoven, de Schumann, de Wagner, el Austria de Mozart y de Liszt, tuvieron cuenta de ellos antaño y con esos viejos valores habían conquistado nuestra simpatía y nuestra admiración.»

Sigue Maclair y dice que Alemania tendrá que arrepentirse y convertirse, quemar los ídolos que ahora adora y volver a adorar los que había quemado. Pero esto no sólo Alemania lo tendrá que hacer. En la segunda mitad del pasado siglo, casi todas las naciones europeas se habían en cierto sentido germanizado de esa manera, o para hablar más propiamente, casi todas ellas se iban materializando. Aquello que se llamó positivismo, el culto a la eficacia y la razón de estado, las iba corrompiendo. ¿Qué pueblo no soñaba con alguna hegemonía, sea la que fuese? Aunque sea una hegemonía de orden intelectual. «Un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro

pueblo, es estúpido y sacrilego», escribió Esteban Echeverría en las «Palabras simbólicas» de su «Dogma socialista»—que no era ciertamente de ese socialismo sedicente científico, sino un dogma, muy poco o nada original sin duda, pero de la más exquisita espiritualidad y expuesto con el más puro de los acentos. Y si es estúpido y sacrilego un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro pueblo, ¿qué será el pueblo que trate de esclavizar las inteligencias de otros y ejercer una hegemonía intelectual?

En una obra en dos volúmenes, titulada «La Science Française», que el ministerio de instrucción pública de Francia acaba de publicar, en el capítulo dedicado a las ciencias jurídicas y políticas, escribe el autor de ese capítulo, M. Larnande, las siguientes nobles palabras: «Ni el pueblo francés, ni los escritores políticos franceses, ni los juristas franceses reivindicar para ellos solos el monopolio de las ideas que han podido servir, aquí o allí, a la causa de la verdad, de la justicia, del respeto al derecho, y que han podido impulsar, sea a la mejora de la suerte de la criatura humana, sea al elevamiento de su dignidad, fin supremo de la civilización. A esta obra de perfeccionamiento indefinido estimamos que deben concurrir todas las naciones. Deseamos hacer justicia a cada uno, a los pueblos pequeños lo mismo que a los grandes. Una he-

gemonía intelectual o moral sería tan odiosa como una hegemonía material en el concierto de las naciones, que ha de ser libre para ser fecundo.» Nobles sentimientos los aquí expresados. ¡Y cuán prontamente los olvidan los pueblos!

El más pequeño puede en un momento dado causar la ruina del más grande, el más chico David puede derribar de una pedrada al más gigantesco Goliat, y ello merced a alguno de esos valores morales que se ha llamado imponderables. Y la raíz de los imponderables espirituales que no se cuentan, ni se miden, ni se pesan, ni se calculan, ni se someten a estadística ni a preparación o previsión estratégica o política, la raíz vital de esos imponderables no es otra que el sentimiento de la personalidad. Más que a sentir España se nos debe enseñar a los españoles a sentir nuestra personalidad de tales, nuestra españolidad y ella dentro de la humanidad y sometida a ésta, y así a los demás pueblos.

¿Y qué diferencia—me dirá algún lector—hay entre sentir a España—y quien dice España dice otra nación cualquiera—y seguir la españolidad? Podrá él parecer algo abstruso o sofisticado o paradójico, pero no lo es como parece. El pueblo judío no tiene hoy una patria material y no puede, por lo tanto, soñar en absurdas hegemonías ni en conquistas, pero ¿cabe negar que hay una judeidad, un sentimiento de la personalidad judaica y que este sentimiento produce y ha producido y producirá frutos espirituales, aunque algunos de ellos sean adversos, por lo menos al parecer, a los nuestros? ¿Cabe negar lo que el pueblo judío ha contribuido a la civilización humana, después de la destrucción del reino de Jerusalén? Y es porque hay otro reino que el que se sostiene con cañones. Y es porque la cultura judaica, ya desde los profetas, tendió siempre a la exaltación de la libre personalidad humana. La acción espiritual judaica ha tendido siempre a esto. Ha aquí por qué Renán llamó anarquistas a los profetas de Israel. Y he aquí por qué ha brotado el antisemitismo en los pueblos y en las épocas en que un sentimiento rebañego, de insectos, ha visto un peligro y un factor disolvente en el sentimiento de personalidad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

